

diversa posición y grado de cultura, al que siempre nadó en la abundancia y al que jamás dispuso del preciso sustento, á un rey y á un proletario, causáis al primero un grado de pena infinitamente mayor que al segundo. Justo es, pues, el corazón humano al condolerse más del infeliz mortal caído de las cumbres sociales que del familiarizado con las privaciones desde su nacimiento; y juzgando á la luz de estas leyes la conducta de los revolucionarios, su fanatismo se nos aparece como una monstruosidad y como una enormidad el tormento que impusieron á las personas reales. Con razón el sentimiento popular ha divinizado á éstas, poniendo en su diestra la palma del martirio.



CAPÍTULO CUARTO

Proceso y muerte de los girondinos.—Triunfos de las armas francesas.



los ocho días de la muerte de Antonieta, comparecieron los girondinos ante el tribunal revolucionario.

Dos palabras sobre Historia retrospectiva son aquí indispensables, para poner de relieve la motivación de los hechos. El Terror fué un producto raro, monstruoso, de una sociedad enferma, presa de alta fiebre, causada por el violento choque de las ideas dentro y por la invasión de las potencias extranjeras, pero cuyo origen y cuyos actos tuvieron su casualidad natural, ni más ni menos que la tienen las instituciones y hechos de las sociedades sanas. Desenterrar, sacar á la luz del día este encadenamiento causal, es la función más alta de la Historia.

Seguramente, no ofrece esta ejemplo tan elocuente como el de los girondinos, de lo funesto que es, y en la esfera política más que en ninguna otra, el absolutismo de las ideas. No es encastillándose en los principios como se acierta á gobernar á los pueblos, sino cediendo de ellos lo que cederse debe, graduándolos, atemperándolos á las circunstancias, al incesante y continuo movimiento de la vida, al siempre cambiante medio social. Del preciso conocimiento de la realidad, en primer término, y del ideal que este conocimiento sugiera, debe tomarse el criterio para dirigir á las sociedades. De vasta cultura, de alto pensamiento, de moralidad estoica, serenos y ecuánimes, con la serenidad que da la tranquilidad de la conciencia, amantes de la patria hasta el punto de ofrecerla en holocausto la propia vida, pero sobreponiendo el concepto á la experiencia, ideólogos y aun soñado-

res, se empeñaron los girondinos en mantener incólumes sus dos fundamentales principios, la federación y la libertad, cuando la irrupción extranjera, cada día más amenazadora, y la guerra civil, cada día más pujante, demandaban la estrecha unión de todas las provincias y de todos los partidos; la concentración de todas las fuerzas en una unidad robusta y el sacrificio del individuo á la patria, lo que llegó á expresarse en la frase república una é indivisible. Nada, ni las terribles luchas desencadenadas en la Convención, ni las tremendas acusaciones que contra ellos formularan los comités, ni los peligros que se cernieran sobre la patria, nada bastó á sacarlos de su obcecación. A nombre de la libertad individual se opuso Ducos el veintisiete de Mayo al curso forzoso de los asignados; á nombre de la libertad individual combatió en la misma sesión Brissot el servicio obligatorio, elogiando el alistamiento voluntario como único sistema digno de hombres libres; por amor á la federación pronunció Isnard el diez de Mayo, desde la presidencia de la Convención, aquellas imprudentes palabras: «Si alguna vez, por una de estas insurrecciones que desde el diez de Marzo se renuevan sin cesar y que las autoridades constituidas de París han descuidado de notificar á la Convención, sucediese que se atentara á la representación nacional, os lo declaro en nombre de toda Francia: París sería aniquilado; en vano se buscaría en las orillas del Sena si París había existido.» Por amor á la federación, en fin, propuso resueltamente Louvet, en la reunión que celebraron los girondinos el primero de Junio, partir todos á ponerse á la cabeza de la insurrección departamental, proposición que rechazó Vergniaud repitiendo: «Antes la muerte que la guerra civil.»

No se comprende cómo inteligencias tan vigorosas se divorciaron en tales términos de la realidad. Tanto más cuanto que no se trata de un movimiento artificioso en cuya producción y curso tuvieran parte principal el interés ó la pasión, sino de un movimiento espontáneo, profundo, verdaderamente social, provocado por la necesidad de oponer á la invasión, unidas y compactas, todas las fuerzas de que la nación pudiera disponer. Ponen esto de manifiesto las circunstancias que fueron despertando y enardeciendo aquel sentimiento, cuyos progresos se miden perfectamente por las sucesivas decisiones que tomó la Convención hacia la concentración de los poderes. A la nueva del arresto de los comisarios en el campamento de Dumouriez y de la rebelión paladina de éste, recibida en París el tres de Abril y agravada con la noticia de que el rey de Prusia había pasado el Rhin con numerosas huestes y rechazado á Custine sobre Wissemburgo, quedando la otra mitad del ejército francés, veintidos mil hombres, encerrada en Maguncia, la Convención respondió transfiriendo, de la comisión nombrada de su seno al acusador público, el derecho de acusar ante el tribunal revolucionario, lo que era la dictadura en el orden judicial, y creando el comité de Salvación Pública, que lo compondrían nueve convencionales, investido de autoridad sobre los ministros y con facultad de adoptar cuantas medidas requiriesen las circunstancias, lo que era la dictadura administrativa. Del diez al doce de Mayo llegan á

París tristes nuevas de la guerras interior y exterior, que los vendeanos corren de triunfo en triunfo y que el ejército del Rhin retrocede de rota en rota, su general muerto, bloqueada la plaza de Condé y emenazada la más importante de Valenciennes; y se enardecen los ánimos, y se encrespa la Montaña, y la municipalidad se lanza á la insurrección moral, y los comités se lanzan á la insurrección material, y se produce aquella serie de motines que acabó en el golpe de Estado de Dobsent, renovando el Consejo general de la municipalidad, y en la acusación de Huillier contra los girondinos. Siniestros rumores vuelven á esparcirse en París sobre la guerra, que Fontenay, capital de la Vendée, ha caído en en poder de los realistas y que la guerra civil ha estallado en Lyon; y se desencadenan aquellas tremendas tempestades del dos de Junio, tristísima jornada en la que la Municipalidad humilla á la Convención y ésta se decapita á sí misma arrojando en su casa á los diputados girondinos en número de treinta y uno. Por estos pasos, á medida que se agigantaba el peligro de que Francia se desmembrase y de que cayese París en poder del extranjero, crecía y se avivaba en el pecho de los revolucionarios el amor á la república una é indivisible y el odio á los girondinos, que en aquellos supremos instantes seguían anteponiendo á la salvación de la patria la federación y la libertad individual. No fueron víctimas los girondinos de las pasiones populares ni de las maquinaciones de ambiciosos, no; fueronlo de su propia intransigencia, del curso fatal de los sucesos, á los que no tuvieron la virtud de plegarse. Por más que parezca absurdo, en este caso como en otros muchos, el sentimiento popular fué guía más seguro que la reflexión de las inteligencias privilegiadas.

No por esto se enmendaron los girondinos. Varios de los arrestados se evadieron sucesivamente de París, yéndose á sublevar las provincias. En la misma hora de la desgracia; adolecieron de la falta de plan y unidad que los había debilitado en el poder. El partido que debían tomar era claro: ó quedarse y esperar su juicio, ó marcharse todos; bien para emigrar, bien para resistir. Y, sin embargo, no hicieron lo uno ni lo otro. Así, mientras Vergniaud, Gensonné, Valacé y otros contiúan en París pidiendo incesantemente ser juzgados, Buzot y dos de sus colegas ganan la Normandía, donde se les unen poco después Louvet, Guadet, Pétion, Barbaroux y Lanjuinais. Brissot es detenido en Moulins. Mientras tanto, las nuevas de la frontera siguen siendo malas. Valenciennes, bombardeada; Maguncia sitiada. Y gracias que el enemigo se detenía en estos sitios, en vez de marchar sobre París, marcha que no hubiese podido impedir el ejército francés. Al Sur, los españoles habían penetrado por entrambas extremidades de los Pirineos. Y peores eran todavía las noticias de la Vendée. El diez de Junio cae en poder de los insurrectos Saumur, con mucha artillería y miles de prisioneros, y la toma de esta plaza, al par que permite á los vendeanos establecerse sobre el Loira, pone en inminente peligro la más importante de Nantes.

Todas estas noticias exasperan á la Montaña y dan origen en la Convención á la terrible sesión del doce de Junio. Dantón, que pocos días antes había intentado, en unión con otros diputados, reobrar contra el dos de Junio, retrocede brusca y violentamente, se desata contra los diputados que habían huído para ir á sublevar los departamentos, trata á los girondinos de secta impía, á Brissot de miserable conspirador, é invita á la Convención á declarar que, sin la insurrección de París, hubiese perecido la libertad. «¡Ciudadanos, concluye, decid al pueblo francés que se apiñe alrededor de la Convención, y que no empuñe las armas sino contra los rebeldes de la Vendée!» Secúndanle Barere y Cambón, indignado este último de que se hubiese preso en Caen á dos comisarios de la Convención, precisamente cuando iban á Cherburgo á poner las costas en estado de defensa contra los ingleses. «En la Vendée y en las fronteras es donde hay que ir á combatir, en vez de marchar sobre París,» exclama á su vez. En su consecuencia, se decreta la acusación contra Buzot, Brissot y Barbaroux; se declara que en las jornadas de treinta y uno de Mayo, uno y dos de Junio, el Consejo general revolucionario de la Municipalidad y el pueblo de París habían contribuido por modo eficaz á salvar la libertad, la unidad é indivisibilidad de la República, y se nombra individuos del Comité de Salvación Pública á Cambón y Saint-Just, encarnación el uno y el otro del espíritu de Robespierre. De esta suerte, por la fuerza de los sucesos, los individuos del Comité sancionaban lo que tanto horror les había inspirado, y la Convención ratificaba la humillación recibida y aún llegaba á mirarla como una de sus glorias. No diremos que la pasión y el interés personal fueran extraños por completo á estos actos; pero no cabe duda que Dantón, Barere y Cambón pensaron, ante los acontecimientos que se precipitaban, que el dos de Junio era irrepable; que la acción había sido detestable, pero que la reacción traspasaría los justos límites y destruiría la obra de la Revolución.

Fué este instante uno de los más críticos en la historia de aquel grandioso movimiento. Para juzgarlo, es menester elevarse, por cima de los partidos, al punto de vista de la salvación de Francia. La cuestión se plantea así: la resistencia armada de los girondinos y de sus amigos de los departamentos contra la violación de la representación nacional ¿era legítima? Atendiendo al derecho estricto, indudablemente. Si Francia hubiese disfrutado de paz, si no hubiese tenido que entenderse sino consigo misma, es claro que tal insurrección habría sido un deber; pero, ante la invasión extranjera y la guerra de la Vendée, el levantamiento de los girondinos no podía menos de causar la ruina de Francia. Contra los departamentos marchando sobre París, habrían sostenido encarnizada lucha la Montaña, los jacobinos de la capital y sus partidarios de las provincias, y, caso de ser vencidos los segundos, no se habrían contentado los primeros con herir á los jacobinos y á la Municipalidad; empujados por los realistas, que andaban ya mezclados con ellos y que habían provocado un terror en sentido contrario, el terror blanco, habrían intentado

á su vez purificar la Convención, destruir á los montañeses y arrestar ó llamar á los representantes enviados á las provincias y á los ejércitos. A la Montaña, que era el partido de los hombres de acción, pertenecían casi todos aquellos intrépidos comisarios de la Convención que eran el alma de la resistencia contra el extranjero y á los que eran incapaces de reemplazar los girondinos, hombres de palabra y de pluma, valientes para morir, no para vencer; por todo lo cual, derribar á la Montaña habría valido tanto como derribar el brazo derecho de la Convención.

Lo que ocurría en los departamentos vino á recaer contra los diputados girondinos, que por su patriotismo no habían querido salir de París, Vergniaud y sus amigos, á los que se privó de la simi-libertad que se les había dejado, encerrándolos en la Abadía á los unos, en Luxemburgo á los otros. Con esto, en vez de beneficiarse, se perjudicaba á la República, cuya situación vino á ser ahora por todo extremo apurada. Los vendeanos acometieron la empresa de tomar á Nantes, para asegurarse la comunicación con el mar y con Inglaterra y provocar la insurrección de los bretones. Su generalísimo era un campesino tenido por santo, Cathelineau, sencillo y modesto, que se dejaba guiar por los que entendían de la guerra más que él; el número de sus combatientes, cuarenta mil, y todavía se concertaron para esta jornada con Charette, que mandaba doce mil hombres. Sólo diez mil, entre soldados y guardias nacionales enviados de París, defendían á Nantes, contándose entre los últimos cuatro compañías de cañoneros, hábiles é intrépidos, que compensaron lo exiguo de su número con el brillo de sus servicios. No dudaban los vendeanos del éxito, tanto más cuanto que los amigos que tenían dentro de la ciudad les advertían de todo lo que en ella pasaba y contaban con las divisiones de los republicanos. Pero en este punto se llevaron chasco. El club montañés propuso al club girondino y á los cuerpos administrativos la unión, y todos fueron á confundirse en fraternal abrazo á la catedral, y de allí á comer juntos en cívico banquete, y de allí á trabajar en las fortificaciones, en abrir fosos y levantar terraplenes que dificultasen el vado de los tres ríos y el acceso á un vetusto castillo, únicas defensas que protegían á la ciudad. Aun así, el general Canclaux y los dos comisionados no creían posible la resistencia; pero el alcalde girondino, Baco, anciano valiente y fogoso, y los jefes populares, girondinos los unos y montañeses los otros, optaron por defenderse á todo trance; y Canclaux, aún dudando del resultado, dirigió los preparativos como hábil guerrero.

Los vendeanos dispusieron un ataque general en la noche del veintiocho al veintinueve de Junio. Para poder asaltar á un tiempo los diversos puntos del recinto de la ciudad, érales preciso ocupar el paso del Erdre, río de aguas turbias que vierte en el Loira por la margen derecha, como el Sevre por la izquierda, y la llave de este paso era la aldea Nort, á cuatro ó cinco leguas de Nantes. No más que un batallón guarnecía esta aldea; pero lo mandaba un héroe, Meuris, del club montañés, artesano, hojalatero de oficio, el

organizador de aquellas compañías nantesas que habían recorrido el país insurrecto y vengado los horrores de *Machecoul*. Meuris se sostuvo en Nort, con la ayuda de los vecinos, todo el tiempo que fué menester, toda la tarde, toda la noche, entrando en Nantes al día siguiente por la mañana, con la bandera y solos cuarenta hombres de los quinientos que mandaba. El batallón había desaparecido; pero el gran asalto nocturno había fracasado. A pesar de lo cual, el general y los representantes insisten en la idea de retirarse y evacuar la ciudad, pero el pueblo corta los tiros de los caballos, desmantela los coches, y, ante esta heroica actitud de los nanteses, Canclaux cede y cumple con su deber. La lucha fué larga, encarnizada, sangrienta. El bravo alcalde Baco sigue alentando á los combatientes con retumbante voz cuando ya le retiraban cubierto de sangre del campo de batalla. Cathelineau ataca con denuedo por el lado del camino de Rennes, y es rechazado por la artillería republicana. Entonces se decide el generalísimo á un atrevido golpe de mano: toma consigo á sus más devotos parciales, á los compañeros de su aldea y comarca, y penetra, sin ser decubierto, por los jardines y callejuelas en lo interior de la ciudad. Al desembocar en la plaza de Viarme suena un tiro, disparado por un zapatero desde un tejado, y Cathelineau cae mortalmente herido. Al punto cesa el ataque; el desaliento se apodera del ejército vendeano, y los jefes disponen la retirada.

La defensa de los nanteses fué uno de los grandes acontecimientos de la Revolución. Nantes salvada, salvado estaba todo el Oeste de Francia. Podía la Vendée hacer todavía mucho daño, pero ya no podía vencer. Por de pronto, hizo un gran bien, que fué herir de muerte á la insurrección girondina en el Oeste. Los republicanos moderados de Burdeos, de Bretaña, de Normandía, de todas partes, sintieron ahora que el verdadero enemigo era la contra-revolución, la Vendée á las puertas de Nantes, y este estado de ánimo entorpeció su voluntad y paralizó sus movimientos. Se hablaba mucho. Poco ó nada se ejecutaba. Días y más días pasaron sin que los diputados girondinos establecidos en Caen hicieran nada de lo que era de esperar del gran carácter y autoridad moral de Buzot, del probado ardor insurreccional de Barbaroux, el héroe del diez de Agosto, de la indomable energía de Lanjuinais. Y no porque les faltase el valor, sino porque, confesáranlo ó no, les ataba las manos la Vendée, á la que en modo alguno querían servir de vanguardia. Aquellos héroes que no hubiesen retrocedido ante el peligro, sentían conturvada su conciencia ante el temor de perder á la patria. La insurrección girondina no poseía uno solo de los elementos que conducen á la victoria; ni una mano firme, ni un plan bien meditado, ni una fe segura en el éxito. Sentíase vencida antes de combatir. Así, un solo encuentro, el de Vernon, bastó para que toda Normandía se sometiera á la Convención. ¡Qué terrible desencanto! Los representantes proscritos vieron fijar en la puerta de la antigua intendencia de Caen, en donde estaban alojados, el decreto de la Convención que los ponía fuera de la

ley. Partieron con los batallones bretones que regresaban á su país, atravesaron, no sin arrostrar grandes peligros, la Bretaña, cuyas asambleas primarias acababan de aceptar la Constitución del noventa y tres, y se embarcaron para la Gironda, cuna de sus grandes oradores, donde todo se hundió también á su paso. Burdeos, la gran ciudad girondina, cedió hacia mediados de Septiembre, y los representantes girondinos viéronse obligados, para salvar su vida, á refugiarse en escondites, que no protegieron á la mayor parte de ellos hasta el fin. Más adelante los volveremos á encontrar. Por este modo, todo el Oeste girondino entró, casi sin combate, en la unidad montañesa.

No aconteció lo propio en el Este, donde la resistencia fué llevada hasta el último extremo. En Lyon, la reacción, señora del poder, perseguía con encarnizamiento al partido de la antigua municipalidad jacobina. El cuatro de Julio, una comisión de Salvación Pública, compuesta de delegados del departamento del Ródano y Loira, decidió, á instigación del diputado Biroteau, escapado de París, que los decretos dados por la Convención desde el treinta y uno de Mayo hasta que se reuniese una representación nacional libre y completa serían considerados como nulos y de ningún valor, y para sostener esta decisión, dispuso que se formase un ejército departamental, cuyo mando confió á un antiguo oficial de la guardia constitucional de Luis XVI, el ex-conde de Preci. Menos escrupulosos los girondinos de Lyon que los del Oeste, andaban en tratos y connivencias con los realistas, á los que abrieron de par en par las puertas de la comisión departamental, de los cuerpos administrativos, de los tribunales de justicia y hasta del mando en el ejército. A esta declaración de guerra, contestó enérgicamente la Convención el doce de Julio, poniendo fuera de la ley á Biroteau y á todos los individuos de la Comisión departamental; fulminando el arresto contra cuatro de los diputados del Ródano y Loira; ordenando al ministerio mandar fuerzas sobre Lyon, y encargando á los diputados enviados al ejército de los Alpes que proveyesen al restablecimiento del orden de aquella ciudad. Esta no se acobardó. Como el cónsul romano Nerón arrojara la cabeza de Asdrúbal en el campamento del valeroso Aníbal, así la comisión insurrecta de Lyon arrojó á la Montaña, á modo de sangriento desafío, la cabeza del jefe de los jacobinos lioneses. Era éste un piamontés, Challier, enamorado de Francia y de la revolución, semejante á Marat en lo violento del lenguaje, pues se desbordaba en ocasiones hasta el frenesí, y fué llamado por esto el Marat lionés, pero sin que se pareciese al «Amigo del pueblo» en ningún otro extremo, y mucho menos en la feroz vanidad, no acordándose para nada de su persona. Sincero, apasionado y ardiente, dotado de un amor inmenso á la humanidad y al bien, muy sensible á los sufrimientos de sus semejantes, habría sido un San Francisco de Asís si hubiera nacido en el siglo décimotercio; ahora fué un exaltado jacobino. El triste espectáculo de la miseria y opresión que sufrían los obreros lioneses, cuya condición era entonces por todo extremo dura, le axaltó hasta el furor, y como era rico, se consagró por entero á defender la causa de los débiles y menes-